

Astorga, escuela de amistad

Antonio Pereira

Las palabras que van a escuchar ustedes, señoras y señores, acaso no cumplan la condición de un congreso como éste, que se supone abocado principalmente a la investigación y la erudición. Pero, aunque sean sólo memoria personal y subjetiva, aspiro a que no se queden en mero adorno y ayuden a configurar la visión de la Escuela de Astorga en aspectos humanos que no deben estorbar a los más científicos y rigurosos.

Ricardo Gullón escribió hace treinta años, en la revista *Ínsula* de diciembre del 62, unas palabras que ya entonces me dejaron como un hormiguillo: "Casi no puedo pensar en Leopoldo Panero sin Juan, su hermano", decía Ricardo. Y seguía: "En el paraíso perdido de la infancia, los dos y Luis Alonso Luengo se me aparecieron como un grupo de jóvenes maravillosamente dotados para la amistad y para la vida".

Gullón era un escritor muy preciso. Si al hilo del discurso había colocado en el primer término la amistad, es porque la tenía por valor muy alto, idea que reafirmó mil veces, y no sólo con las palabras. La desazón que a mí me producía aquella declaración era de envidia, porque me traía el recuerdo de mi propia adolescencia, más pobre de tutorías literarias y también de intercomunicación con chicos de la misma edad que compartieran la misma vocación. Más solitario, en una Villafranca alejada del Este y el Oeste por puertos de montaña que entonces separaban mucho, mi nombre empezaba a salir en *La Parroquial Berciana* cuando "los de Astorga" volaban ya muy alto. ¡Astorga! ¡Los de Astorga! (A mí me marcó en el momento más receptivo de la vida el sentimiento de la capitalidad astorgana, donde había obispo, periódicos, y una caja de recluta a la que el mozo iba "a entregarse", una expresión que todavía no se ha borrado del todo en mi tierra) No era extraño que hubiese en Astorga escritores importantes, que no sólo publicaban en las hojas del periódico o la revista sino en libros, verdaderos libros. También, es verdad, y muy

*El obispo era D. Ant^o Leuro Caizans,
que me tenía echado el ojo. Don Ceballos.*

por encima de nuestros limitados medios villafranquinos, ellos habían hecho sus primeros estudios en San Sebastián o León, Leopoldo estudiaba lengua y literatura francesa en Tours y Poitiers, cuando no el inglés en Cambridge. Que algún día yo pudiera decirme amigo de aquellos señores, que ellos me lo llamaran a mí, estaba fuera de mis pensamientos más esperanzados de aquella época.

El primer personaje de la Escuela de Astorga que yo conociera en carne mortal fue Leopoldo Panero, que vino a León, y era invierno duro y frío, de largas noches propicias para la fraternidad. Yo había llegado del pueblo -o villa, no se vaya a enfadar mi gente-, y en la capital de la provincia andaba con los de Espadaña, pero sin categoría protagonista, mero personaje secundario, aunque de mirada ávida sobre todo lo que fueran prosas y versos. Con los poetas leoneses conocí a Leopoldo. En seguida comprendí que el de Astorga podía llenar la noche, y se hablaba y se bebía y se fumaba en torno a una figura que me pareció sobria y alargada como un modelo de El Greco. Pero lo que iba a quedarme de aquellas horas leonesas era, sobre todo, una voz. La estoy oyendo, ya pocas dotes de imitación que tuviera, podría evocarla con éxito:

Camino del Guadarrama,
nieve fina de febrero,
y a la orilla de la tarde
el pino verde en el viento.

El tono, grave. La mirada, levantada. Las pausas notoriamente señaladas entre un octosílabo y el siguiente. Leopoldo me trató con afecto, me dedicó su *Escrito a cada instante* en la edición de "La Encina y el Mar" con dibujos de Caballero, y vagamente me prometió nuevos contactos cuando hubiera otra ocasión propicia.

Esa ocasión de relacionarnos llegó tarde y mal, porque el poeta de Astorga estaba muerto, y yo pesaroso de no haber buscado a tiempo y con diligencia aquella mano que se me ofrecía. Me llamaron a Astorga a decir versos en su homenaje póstumo, y cumplí con devoción, algo descorazonado me sentí cuando al regresar a casa me preguntaron cómo había estado el acto, la gente que había (esa curiosidad de las mujeres) y qué me había dicho la familia como agradecimiento, los hijos del poeta por cuya memoria yo había hecho el viaje. Nada, ni una palabra, no me dijeron nada. Pero, en definitiva, yo me daba por bien pagado de antemano. Quizá fui al estante y al libro bien sabidos. Allí, antes del regalo de "Tú que andas sobre la nieve" y otras; hermosuras, estaba, y sigue estando, su dedicatoria autógrafa con la promesa de amistad. De mi padre aprendí que la harina y la gente de Astorga son de fiar. Pues basta.

Leopoldo -y vuelvo a la noche leonesa en que nos encontramos- me dejó entrever a su hermano Juan. Creo que, en realidad, no se habló una palabra de Juan Panero. Sólo la lectura de "Adolescente en sombra", con el mismo tono, la respiración monótona, la emoción contenida en una malla de serenidad:

A ti, Juan Panero, mi hermano,
mi compañero y mucho más;
a ti tan dulce y tan cercano;
a ti para siempre jamás.

(...)

A ti el primero, el siempre amigo,
vaya en silencio mi dolor
como el viento que esponja el trigo
y remeje con él su olor.

Obsérvese en el poema que a Leopoldo no le basta en Juan la condición de hermano por los vínculos de la sangre. Lo reclama compañero: y mucho más. ¿Qué puede ser ese mucho más sino la pronta definición que va a seguir?: "A ti el primero, el siempre amigo. "El concepto de la amistad de Leopoldo Panero. "El Canto personal, de Leopoldo" (frente al Canto general de Neruda) no se entenderá si no se entiende su concepto de la amistad. Amistad desengañada, y más casi diría amor defraudado", fue la opinión escrita de Ricardo Gullón.

Don Ricardo Gullón. El profesor Gullón. Ricardo. He sentido curiosidad, al preparar estas cuartillas, por el modo y el tono en que se inició nuestra relación. Fui a las carpetas no muy bien ordenadas: "Mi distinguido amigo: Acabo de llegar a Austin y aquí encuentro su Cancionero de Sagres." Tratándome de usted, con distancia pero con interés. O no con tanta distancia. Porque luego (y salto los párrafos de su valoración generosa de mi poemario, que no vienen al caso), al correr de esa su carta primera se abre el crítico a confidencias que sólo pueden hacerse entre amigos. Gullón va a aludir a un poema mío, y voy a leerlo, porque es muy breve y servirá de antecedente a las palabras del maestro:

A ti te dicen, Juan:
¡Colócate en tu sitio!
Ya sabes, como entonces,
cuando en el Castañón
corría la pelota
y Juan a las que pasen.
Llamad a Juan si
estamos impares. Y venías
a la medida, como
un calzo en el que aploma
todo el peso del mundo.
¡Retrasa el paso, Juan!
No hay en este baile
muchachas desairadas.
¡Aparta del camino
de los héroes! No estorbes.
¡Aparta, Juan! Colócate
en tu sitio. Si Dios

se lo propone, ya
te mandará una bala
perdida.

Este es mi poema, y Ricardo me escribe: "No le negaré que leyéndole he creído volver a un pasado muy remoto; no sólo el pasado en que caminaba con Antonio de Lama por la calle de Ordoño, sino a los días del bachillerato, hace ya casi medio siglo, cuando" (fíjense ustedes bien), "ese soldado Juan de su poema" (pura invención poética en mi libro) "se apellidaba Panero y salía ruidosamente del Instituto, lleno de júbilo, porque había aprobado Nociones con Brusi, el barbudo que acabó suicida. Ese Juan murió de su bala perdida, que fue un accidente en la carretera de León, pero otras balas, metálicas de veras, fueron a dar en el pecho de tantos amigos como hoy son polvo de nuestra tierra".

El camino estaba abierto, el gran regalo de la amistad del profesor y mi agradecida correspondencia eran como un destino manifiesto. Hicimos más frecuente el trato, apartamos el usted, y vinieron años de encuentro, de los veranos de los cursos en León y las comidas -mejor almuerzos que cenas- en Madrid, eso que el astorgano decía "reunirnos para unos comistrajos".

Gullón estuvo en Villafranca de mantenedor de la fiesta de la Poesía, llegó a Barajas desde América y sin apenas tomarse un descanso voló -casi literalmente para llegar a tiempo de cumplir su compromiso. Habló de Gil y Carrasco, el desdichado "Cisne sin Lago" que naciera en nuestra calle del Agua, y que él nos había esclarecido en uno de los primeros títulos de su bibliografía. Era incansable, Gullón, estaba siempre disponible para los amigos, y a aquella cita berciana acudió -¿por qué no vaya decirlo?- más por mi petición personal que por cualquier otro interés. En realidad, y volviendo a aquellos veranos leoneses, él venía como profesor, mediante la condigna compensación, no faltaría más; pero me consta que desechaba oportunidades mucho más tentadoras en todos los sentidos, porque en León éramos sus amigos: los directores de los cursos, los profesores, los alumnos y las alumnas, los periodistas que acudían presurosos a lucrarse de una entrevista que nunca concedía por salir del paso sino como pieza valiosa de su bagaje cultural. Y siempre, el festín de sus intervenciones. El profesor hablaba de pie, o sentado. Parado o paseando. Sin papeles, lo mismo que un director de orquesta memorioso y empapado de la sinfonía. Como un mago prestidigitador sacándose maravillas del sombrero. Quizá salía a la pizarra. Entonces, en la pizarra, el poema de Juan Ramón o los enredos amorosos de Fortunata y Jacinta podían quedar reducidos -enriquecidos, mejor decir- a unas flechas que van y vienen, o a círculos o triángulos.

Más de una vez, los que andábamos cerca de él le reprochábamos los excesos, su excesiva disponibilidad. Pero Gullón reñía a quienes se quejaban de

agobios, de falta de tiempo, de no poder leer los manuscritos y libros que uno recibe, de tener las cartas sin contestar. Lo irritaban estos lamentos. Naturalmente, porque no podría ser de otro modo, el profesor se levantaba a las cinco o las seis de la mañana. Pero esto no bastaría -ni aunque cada día tuviese cuarenta horas- sino estuviera permanentemente fundado en un sentido profundo de la amistad literaria; de la amistad, dicho simplemente.

Por esto, precisamente, para poder cumplir la propia vocación y comunicar sus bienes a los demás, a Gullón le dolía el desperdicio del tiempo. Iba a las cuitas de la sociedad literaria, pero no le gustaban que lo entretuviesen en vano. No sé si será una arriesgada impresión personal, pero en los últimos años o, mejor dicho, meses, de la vida del maestro, éste había acrecentado su impaciencia en las esperas vanas, hasta casi parecer -a veces- intemperante. En diciembre del 90, dos meses antes del febrero en que nos dejó para siempre, viajamos juntos a Fontiveros, al Centenario de San Juan de la Cruz. Gullón hizo un precioso discurso, estuvo generoso y amable con cuantos quisieron preguntarle, y de la hermosa (y fría) iglesia fuimos a comer el cocido sanjuanista, donde había una asistencia de centenares de comensales. La buena voluntad de los organizadores era patente, pero las cazuelas no aparecían... y el maestro había dejado en Madrid, sobre la mesa, los folios en que estaba trabajando. Gullón no perdió la compostura pero sufrió mucho y nos hizo sufrir a quienes lo conocemos. Llegaron por fin los garbanzos, y Gullón, impaciente, -la culpa podía ser de La Regenta o de Galdós o del prólogo para un amigo-, no quiso esperar por el postre, saludó muy cortésmente, muy brevemente, al cardenal don Marcelo y a las otras autoridades y al pueblo llano, y en seguida nos vimos en la carretera, el maestro camino de su tarea.

La tarde del 10 de febrero de 1991 nos encontramos por última vez, en su casa de la calle Padilla. Hablamos de libros y de las malas que son las estanterías altas para los libros. Lo vi lleno de proyectos. El día siguiente estaba muerto el crítico astorgano, y en el portafolios había dejado de su puño y de su letra recentísima la crítica sobre un libro de cuentos cuyo título y autor no importan ahora. Una generosidad que concuerda -esto sí lo diré- con el título y el tema que me estoy atreviendo a ofrecer a ustedes.

Y Luis Alonso Luengo -viviente y presente entre nosotros, felizmente reinante-, protagonista y cronista de la aventura hermosa que Gerardo bautizó y todos reconocemos como Escuela de Astorga. Casi me alegro de no tener clara la ocasión inicial de nuestro conocimiento, igual que uno no suele recordar la primera vez que supo de la existencia de un hermano. Desde luego, ya teníamos relación cuando en 1960 me felicitó por mi *Canto a la paz de Astorga bien ganada* en el 150 aniversario de la gesta de los Sitios, un poema que él mismo había ayudado a elegir como miembro que era del Jurado. En todo

caso, hacía tiempo, mucho tiempo que yo había leído al escritor astorgano. Fue en su biografía de Santo Toribio, un libro de 1939, que, amarillea -pero sólo el papel- en lugar bien a mano de mi biblioteca. Se lo habían encargado para una colección hagiográfica y Luis Alonso cumplió, pero él no estaba por la labor de escribir vidas de santos, así, sin más, y eso se vio en el título y sub-título que le puso a la obra: *Santo Toribio obispo de Astorga o un momento de la formación de España*. Así se abría un camino que lo llevaría a elucidar personalidades como la del Gran Capitán, porque a Alonso Luengo lo cautivó la biografía como género literario, y a ello dedicó algún ensayo memorable. Pero sobre todo vendría la dedicación a los hechos, problemas y enigmas de la historia más próxima en el espacio, la de su propia tierra. La esforzada aventura de Suero de Quiñones, la presencia de Gaudí, el definitorio y definitivo estudio sobre la esencia de los maragatos, la gran crónica del teatro en Astorga, la apasionante novela -sí, novela- del relojero Losada y su reloj de la Puerta del Sol...

No es ésta la ocasión para una bibliografía exhaustiva de Luis Alonso Luengo, donde hay ficción narrativa -ahí están *La cigüeña del palacio*, *La invisible prisión...* -, pero sí diré que incluso sus obras de declarado carácter histórico están tratadas con una intención de amenidad y belleza. Uno toma en sus manos la excelente obra sobre el Paso Honroso, abre el libro, se encuentra con estos párrafos:

Don Diego Fernández de Quiñones -señor de Luna, Merino Mayor de las Asturias- sentado en su sillón, apoyada su barba cana sobre su fina mano enjoyada, sus ojos ligeramente entornados, tiene, a la suave contraluz del ventanal, un instante de grato enervamiento, son las primeras horas de la tarde del miércoles 26 de marzo de 1410, y es en la, ciudad de León. Un viento intermitente, con trallazos de lluvia templada, golpea, tímido, los vitrales del palacio. Don Diego, tras el yantar del mediodía, levantados los manteles, ha quedado un rato sesteando en su sillón.

Luego, ya fuera de las comillas que enmarcan la cita textual, ve el lector cómo la esposa y la madre del personaje se retiran cada cual a su cámara, cerrando la puerta con suavidad, arrastrando las haldas sobre el suelo de roble.

Esto es arte de contar, y lo haya lo largo de todo el libro, sin mengua de su carácter investigador. Pero don Luis no admite las apreciaciones elogiosas de su obra. Gullón le reñía mucho, quería quitarle de la cabeza una modestia que si admirable como virtud personal, podía no ser buena para la justa valoración que el autor merece. En nuestros encuentros a mesa y manteles (he aquí la ventaja de llevar un mínimo Diario: "Jueves 24 de enero de 1991, hoy me tocó invitar a la reglamentaria comida rotatoria, Luisa y Ricardo Gullón, Luis A. Luengo, Úrsula y yo. Fue en El Espejo, qué jóvenes y animados los dos astorganos"), en esas reuniones, raramente dejaba de salir la admonición

cariñosa pero severa. En privado y en público Gullón le reconocía a Luis su condición de gran mentor, piedra básica del grupo. "La entrada en la adolescencia implicó la entrada en la poesía" -cuenta Gullón en "La juventud de Leopoldo Panero- "de la mano de Rubén Darío o, para decirlo con exactitud, de la mano de Luis Alonso, el más maduro de nosotros y el de lecturas más serias".

Ricardo podía hacerlo. Yo no puedo reñir a Luis, ni siquiera por su discreta humildad. "El discreto encanto de Alonso Luengo", capítulo de un libro que me salió misceláneo, es uno de mis acercamientos públicos a este astorgano universal que ha bebido en la fuente Castalia, ha recorrido reinos y repúblicas, visitado museos y bibliotecas, comparado lejanas puestas de sol, pero nunca tan gozoso como yo lo vi una mañana en la estación madrileña de los autobuses: "¡A Astorga!, por favor. Dos billetes con buenas vistas".

O sea, dos billetes a Astorga, escuela de la amistad. Porque ha llegado el momento de que este ponente declare su fe en la influencia de la ciudad sobre el grupo literario que lleva su nombre. Es verdad que junto a una mina o un complejo fabril o un desierto abrasado han venido al mundo genios singulares, pero yo no puedo despegar a los nuestros, la Escuela de Astorga, de un origen favorable, hecho de prestigio histórico y ambiente monumental, de laboriosidad civil y sentido de vecindad. Me avalan ellos mismos, los personajes que hemos venido a estudiar. "Nací en Astorga el novecientos nueve/ y allí quiero dormir en mi remanso/ familiar, a dos metros de la nieve...", es el testamento poético de Leopoldo. Juan no pensaba en últimas voluntades, era fuerte, joven y vital, pero "la bala perdida" (recuérdese la metáfora) lo golpeó en la carretera cuando corría para alcanzar su ciudad de torres amigas. Los brindis y los discursos de Ricardo a la hora de sus triunfos (lo evoco en un banquete que se le ofreció en la madrileña Quinta del Sordo, con la fiel amistad de López Sancho a su lado), Ricardo Gullón, siempre con Astorga en los labios. Y de la pasión astorgana de Luis Alonso, ¡cómo me atrevería ni siquiera al esbozo!

La ya bien delimitada y estudiada Escuela de Astorga es un eslabón -de oro, por supuesto- en la larga crónica de la ciudad. Recoge la herencia e influye en el que fue Magín González Revillo, el valor vivo y presente de Lorenzo López Sancho o el llorado Esteban Carro Celada -y no diré más nombres porque irían enredándose como las cerezas- son ramas de la misma madre generosa. Como el más nuevín de los poetas de Astorga, quizá un adolescente que en estos días conmemorativos estrena cuartillas animado por el ejemplo.